

# Isla vs. continente. Un ensayo de historia conceptual<sup>1</sup>

Carla Lois<sup>2</sup>

## RESUMEN

A lo largo de la tradición del pensamiento geográfico moderno, se advierte una notable persistencia de un debate inesperadamente denso y sugerente en torno a las categorías isla y continente, cuyos orígenes se remontan al menos al Renacimiento pero cuya vigencia resulta todavía patente en nuestros días. En este artículo se plantean cuatro formas en que la relación isla-continente fue formulada en el terreno de las preocupaciones geográficas: como parte de un sistema taxonómico de formas de las tierras emergidas; como analogía metodológica para pensar el trabajo en el terreno y el trabajo de gabinete del geógrafo; como dos componentes geográficos que equilibran el todo y componen una unidad armoniosa; y como caracteres que imprimen un sello particular en los grupos humanos. El desafío de este trabajo es reconocer las resonancias de cada uno de esos momentos en los modos actuales de pensar nuestras geografías.

**Palabras clave:** Historia conceptual, isla, continente, historia de la geografía.

## Abstract

Throughout the history of modern geographical thought, some unexpectedly complex and intriguing debates arose surrounding the categories of island and continent. The origins of those arguments go back at least to the Renaissance, and they are still active even today. In this it is suggested that the island-continent relationship has been of four different types in geographical contexts: as part of a taxonomic system for landmasses; as a methodological analogy for considering both fieldwork and work in the laboratory for geographers; as two geographical elements that balance the whole and compose a harmonic unity; and as signs that imprint a particular character on human groups. This paper also proposes to recognize the resonances of each of those four types in the current modes of analyzing our geographies.

**Key words:** Conceptual history, island, continent, history of geography.

---

<sup>1</sup> Este artículo es un resultado transversal de diversas investigaciones desarrolladas en los últimos años que, aunque tenían otros objetivos principales, contribuyeron a formular estas reflexiones. El punto de partida ha sido una Jeannette D. Black Memorial Fellowship en la John Carter Brown Library (2007), y luego ha continuado con el trabajo realizado en la biblioteca de la American Geographical Society-University of Madison (Milwaukee) con el apoyo de una beca del McColl Research Program (2009) y durante una estancia de investigación en University of Wisconsin-Madison gracias a una beca David Woodward Memorial (2010). La versión final

---

fue escrita durante una estadía en la Katholieke Universiteit Leuven contando con el beneficio de una beca del Coimbra Group Scholarship (2011). Quiero agradecer las contribuciones Malena Mazzitelli Masticchio, Jennifer Adams Martin, Catherine Delano-Smith, Jordana Dym y César Manrique. Agradezco especialmente a Matthew Edney y Chet van Duzer por la generosidad con que compartieron sus materiales y sus ideas. Artículo recibido el 20 de enero de 2012, aceptado el 17 de mayo de 2012 y corregido el 21 de junio de 2012.

<sup>2</sup> CONICET - Instituto de Geografía, Universidad de Buenos Aires (Argentina). E-mail: carlalouis054@gmail.com

En mayo de 2003, Sheikh Mohammed anunciaba la construcción de un megaemprendimiento arquitectónico que desafiaba los límites de lo imaginable: se construirían más de 300 islas artificiales ubicadas a cuatro kilómetros de la costa de Dubai, en promedio distando 100 metros unas de otras, que serían dispuestas con la forma del mapa del mundo y que ocuparían una superficie de 63 km<sup>2</sup>. Cuando el proyecto fue completado, el 10 de enero de 2008, quedó configurado un planisferio oval, en el que un conjunto de islas que, dan forma a los continentes.

La descripción del párrafo precedente, aunque concisa, parece lo suficientemente clara como para visualizar la obra de Dubai: los términos “islas” y “continentes” evocan una serie de sentidos que, a simple vista, parecen inequívocos y que, sobre todo, sirven para que los lectores se formen su propia imagen de este paisaje nuevo aun cuando nunca lo hayan visto y aun cuando se trate de un proyecto tan desmesurado que podría poner en crisis las figuraciones mentales de los modelos de organización de la superficie geográfica con los que ya nos encontramos relativamente familiarizados. Sin embargo, a pesar de esa aparente transparencia, los conceptos isla y continente –en particular la relación entre ambos– condensan uno de los debates conceptuales más perdurables en la tradición del pensamiento geográfico.

Ya hacia mediados del siglo XVI, existía considerable consenso para sostener que las tierras emergidas se clasificaban en cuatro categorías: continente, isla, península e istmo. Se asumía que “la tierra se parte por las aguas en cuatro maneras”: cuando el agua “cerca totalmente la tierra se dice isla, como Rodas, Sicilia, Córcega, Taprobana, Java, América, Anglia, Islandia”. La península era “parte de la tierra, la cual no es totalmente isla, ni tierra firme, sino cerrada casi por todas partes, y queda un pedazo de tierra, por la cual se junta con la tierra firme”. Se decía istmo “a una parte de tierra comprendida entre dos mares” y continente a “toda tierra firme, que no es Isla, ni Península, ni Istmo, y puesto que recibía en sí algunos senos de mar y puertos, pero

toda está pegada entre sí” (Apiano y Girava, 1575: 29)<sup>3</sup>.

Sin embargo, la aparente consistencia de esta clasificación no solo no clausuró el debate sino que, muy por el contrario, inauguró un juego de combinaciones posibles en el que estas categorías formarían prismas cuyos haces siguieron enriqueciendo ese mismo esfuerzo germinal por poner nombres a las formas de la geografía. Solo por citar algunos ejemplos: en 1652 Peter Heylyn se refería a Europa, Asia y África como un único continente, pero también llamaba continente a Francia, España y Alemania. Al mismo tiempo decía que América era un continente “naturalmente dividido en dos grandes penínsulas” pero que “Mexicana o la Península Norte podía ser apropiadamente dividida en continentes”. Un siglo más tarde William Guthrie describía América como el “gran continente occidental” pero en las páginas siguientes afirmaba que “está compuesto por dos grandes continentes, uno en el norte y otro hacia el sur, ambos unidos por el reino de México, cuya forma es una especie de istmo de quince mil millas de largo”. En 1771 un diccionario británico sostenía que un continente era “tierra no separada por mar de otras tierras”<sup>4</sup>.

En este artículo se examinan algunos de los esfuerzos que se han hecho por esclarecer estas cuestiones a lo largo de la tradición del pensamiento geográfico. Más todavía, aquí interesa analizar las profundas inconsistencias que hay bajo un aparente consenso de significados. La premisa de origen es que el binomio isla-continente puede ser leído como una tensión conceptual sintomática porque ha encarnado la agenda temática y problemática de los saberes geográficos dando sentido y coherencia a diversas preocupaciones de época: desde el Renacimiento hasta nuestros días, estos dos términos (muchas veces, explícitamente opuestos pero otras notablemente complementarios) han sido discutidos, citados y reformulados en diversos contextos. El recorrido propuesto en

<sup>3</sup> Pedro Apiano y Jerónimo Girava. La cita está tomada de la edición de 1575, en Amberes. (fol. 29). La primera edición apareció en Sevilla en español en 1548.

<sup>4</sup> *A dictionary of arts and sciences* (Edinburgh, 1771), s.v. *geography* (citado en Drake, 2004: 328)

este artículo no sigue una línea cronológica sino que recalca en algunos momentos en los que la densidad del debate ha decantado en formulaciones consistentes (que, miradas retrospectivamente, sabemos que han quedado ancladas en la tradición del pensamiento geográfico). Una de las hipótesis de trabajo que ha guiado esta investigación es que cada una de esas formulaciones pretéritas tiene ecos que resuenan en nuestras geografías contemporáneas. Es decir que, lejos de haberse ido reemplazando unas a otras siguiendo una trayectoria equivalente al modelo khuniano de las revoluciones científicas, todos los ensayos que se fueron haciendo (al menos desde el Renacimiento en adelante) para explicar las formas geográficas tienen alguna expresión en la actualidad.

En efecto, la relevancia de hacer este tipo de historia de estas ideas geográficas radica en que esas ideas moldearon esquemas interpretativos del mundo que trascendieron los contextos textuales, institucionales y/o disciplinares que les dieron origen, busca también explicar su vigencia. Es evidente que no es posible abordar todas las significaciones que estos vocablos han tenido en todos los campos y en todas las épocas históricas. En primer lugar, porque los términos son de larga data (al menos el esfuerzo de clarificación y definición semántica que los humanistas renacentistas hicieron para describir sus geografías parece haber marcado profundamente los derroteros modernos de las voces isla y continente). En segundo lugar, porque los significados que han tomado esos términos en cada tiempo forman parte de intrincados procesos de trasvasamiento de sentidos en otros terrenos de la cultura.

En cambio, en este artículo se plantean cuatro formas en que la relación isla-continente fue formulada en el terreno de las preocupaciones geográficas: 1) como parte de un sistema taxonómico de formas de las tierras emergidas; 2) como analogía metodológica para pensar el trabajo en el terreno y el trabajo de gabinete del geógrafo; 3) como dos componentes geográficos que equilibran el todo y componen una unidad armoniosa; y 4) como caracteres que imprimen un sello particular en los grupos humanos. El desafío de este trabajo es, además, reconocer las resonancias de cada uno de esos momentos

en los modos actuales de pensar nuestras geografías.

## Las partes del mundo: de las cosmografías a los diccionarios geográficos

La idea de que el mundo era el resultado “de la unión y mixión de tierra y agua” (Chaves, 1561: 61) estaba ampliamente instalada entre los humanistas<sup>5</sup>. Incluso antes de que Copérnico lo enunciara explícitamente, en 1547<sup>6</sup>, varias teorías habían ido abandonando la doctrina de las esferas para ir focalizándose en explicar la relación entre los dos elementos que ocupaban con notable primacía la superficie terrestre: la tierra y el agua. Gregor Reisch había insistido “en que la totalidad de la sustancia de la tierra y del agua constituye un único cuerpo esférico” y Vadianus no dudó en afirmar que *uma cum circumfluis undis globum absolvit* [la tierra con las aguas que la rodean constituyen un globo] (citado en Randles, 1980: 76). Esta concepción se impuso hacia mediados del quinientos, cuando la superficie terrestre se consolidaba como dominio de la geografía.

<sup>5</sup> Pierre d’Ailly (1340-1420) tomaba esta idea basándose en Alberto de Sajonia (1316-1390), también hablaba de un *aggregati ex aque et terra* (un “agregado formado por la tierra y el agua”; citado en Randles, 1980: 72). El matemático cosmógrafo Gregor Reisch, en el capítulo “De la disposición del agua” de su *Margarita Philosophica* (1503), expone su teoría de la física del globo: “Al principio de la creación de las cosas, el agua rodeó toda la superficie de la tierra como una nube muy ligera y alcanzó las regiones más altas. Pero bajo la orden del creador, el firmamento separó las aguas de las aguas, y las que quedaron por abajo del firmamento se reunieron en un solo lugar, a saber, las concavidades de la tierra, con el fin de que los seres animados pudiesen habitar en su superficie. Y así la totalidad de la substancia de la tierra y del agua constituyó un único cuerpo esférico, al que los filósofos asignaban un doble centro, uno de gravedad, otro de magnitud” (citado en Randles, 1980: 69, tomado de la edición de Estrasburgo, 1504)

<sup>6</sup> La desacreditación de la teoría según la cual los elementos se distribuyen en cuatro respectivas esferas en una disposición concéntrica parece ligada a Copérnico, quien afirmó que no hay sino una sola esfera y que ésta es terrestre, cuyas partes deprimidas sirven de cubetas para los mares (Broc, 1980: 68).

En ese contexto, los términos geográficos isla, península, istmo y continente expresaban la cristalización de un modo de clasificar las tierras. El texto de Apiano y Girava citado en la introducción no viene a demostrar una conceptualización original sino que, por el contrario, es una más entre las tantas que se repiten en muchos libros de cosmografía, geografía y ciencias durante el siglo XVI, incluso acompañada por gráficos que ilustraban cada una de esas categorías (Figura N° 1). Dado que este esquema conceptual tampoco era del todo novedoso<sup>7</sup>, es legítimo suponer que el renovado interés por definir el estatus geográfico de las tierras y clasificarlas según esta tipología estuvo asociado a la necesidad de explicar la naturaleza de las que hoy conocemos como tierras americanas: una comparación de las representaciones más tempranas de lo que hoy conocemos como América con el modelo atribuido a la categoría de continente deja entrever que lo que a primera vista parece ser un islote separado del mundo conocido (en mapas como los de la *Margarita Philosophica*, Contarini, Ruysch y Maggiolo), en realidad se corresponde con la categoría continente (Figura N° 2). Esos primeros esfuerzos<sup>8</sup> por engarzar esas tierras –que hasta entonces habían permanecido desconocidas– en el ecúmene clásico son hoy conocidos como las imágenes más tempranas del Nuevo Mundo. Sin embargo, se trata en realidad de imágenes que muestran a la actual América como parte del continente del Viejo Mundo.

En 1507, Martin Waldsemüller (cuyo monumental planisferio ha pasado a la historia por ser el mapa que acuñó en nombre de América para el Nuevo Mundo) planteó el problema de una manera inédita en su *Cosmographiae Introductio*: América es la Cuarta Parte del Mundo pero, mientras que las otras tres son continentes, ésta es una isla<sup>9</sup>: por primera vez, el Nuevo Mundo aparece representado en un planisferio con su costa occidental completamente delineada y cerrada de manera tal que configura un gran islote americano.

Pensar América como isla era, en efecto, un modo de incluir el dato del “descubrimiento” dentro de un marco (conceptual, discursivo e intelectual) ya consagrado. De hecho, muchas islas habían sido añadidas desde el siglo XIV en los islarios (libros de islas)<sup>10</sup>: una variedad dinámica y creciente de islas podía ser adicionada sin que ello perturbara ni el esquema ni el contenido de cada libro; el islario ofrecía un dispositivo eficaz, flexible y abierto para incorporar las noticias provistas en cada viaje de exploración.

Si América era una isla pero también era una parte del mundo, ¿cómo incluirla en el esquema conceptual de la geografía de la superficie terrestre? Aquí me contentaré con señalar que las respuestas a esta pregunta fueron muchas y variadas. Por un lado, algunos admitieron la incertidumbre: en esos casos, América desapareció entre los ejemplos utilizados para clarificar la clasificación de tierras<sup>11</sup>. Para otros, todo se mantenía igual: América continuó siendo incluida entre las

<sup>7</sup> Un texto medieval reproducido bajo el título *Les merveilles du Monde ou Les secrets de l'histoire naturelle* define isla de la siguiente manera: “Ile c'est une porcion de terre habitable, laquelle est toure environnée de eaus” (tomado de la edición facsimilar de Anne-Caroline Beagendre, 1996: 45). El texto corresponde al BNF Manuscrit français 1377-1379. El uso del término “península” puede rastrearse hasta Isidoro: en su *Etymologiae* 14.4.14 dice: “Achaia ab Achaeo rege et urbs et provincia appellata. Haec pene insula est; nam absque septentrionali parte, qua Macedonia iungitur, undique septa est mari” Agradezco a Chet van Duzer el conocimiento de esta referencia.

<sup>8</sup> Algunos de esos mapas son ediciones de Ptolomeo (Sylvanus, 1511; Waldseemüller, 1513; Frisius, 1522) y otros están inspirados en proyecciones o informaciones geográficas ptolomeicas (Reisch, 1503 y 1515).

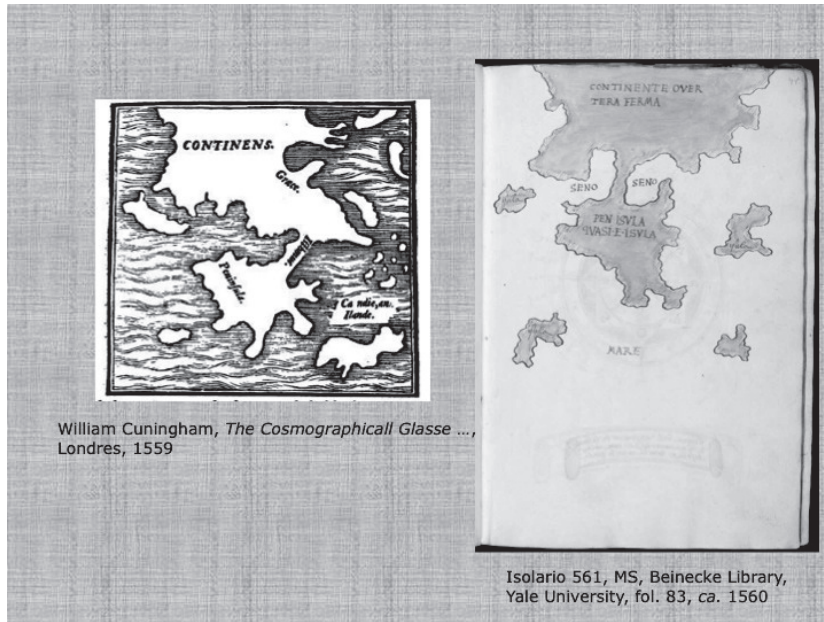
<sup>9</sup> “Hunc in modum terra iam quadripartita cognoscitur; & sunt tres primae partes cōtinentes: quarta est insula: cum omni quâq̄ mari circūdata cōspiciatur” (Waldsemüller, 1507: Capítulo IX).

<sup>10</sup> Los islarios que inventariaron y describieron las islas del Egeo y del Mediterráneo pueden remontarse hasta la antigüedad clásica, pero sobre todo entre los siglos XIV y XVI adquieren un gran desarrollo. Sobre insularios, véase Donattini, M. *Spazio e modernità. Libri, carte, isolario nell'età delle scoperte*, (2000), especialmente el capítulo *I libri delle isole* (167-192). También, Van Duzer, C. From Odysseus to Robinson Crusoe: a survey of early western island literature. *Island Studies Journal*, 2006, Vol. 1, N° 1, p. 143-162.

<sup>11</sup> Por ejemplo: Jacques Focard, *Paraphrase de l'astrolabe*, Lyon, 1546, p. 150.

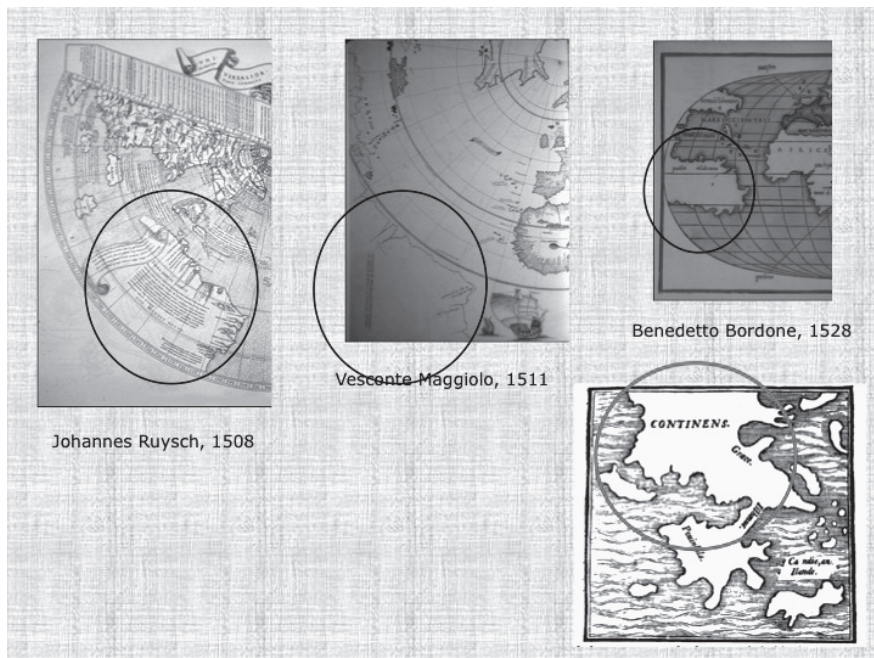


Figura N° 1  
Esquemas de los tipos de tierras emergidas



Fuente: Elaboración propia.

Figura N° 2  
Formas del Nuevo Mundo en la cartografía temprana del siglo XVI



Fuente: Elaboración propia.

islas<sup>12</sup> (a veces el Nuevo Mundo era dibujado como una isla; otras veces era solo la parte de América del Sur lo que aparecía formando una isla mientras que la parte de América del Norte seguía quedando pegada a Asia). Finalmente, otros propusieron una geografía radicalmente nueva: América comenzó a ser definida como un continente que reunía una parte norte y una parte sur unidas por un istmo.

*“S’estende dal Norte, nel che risponde co’l nostro Orbe, nella medesima ampiezza, stringendosi sempre, che scorre à mezzogiorno la volta di Ponente, infin che arriva in quel pasese, che propriamente gli Spagnoli chiamano Terra ferma, dove giace così stretta frà due mari, cioè l’Oceano del Norte, che risguarda l’Africa, e quello del Sur, ilquale s’opponne all’incontro della Meridional parte del’Asia, che pare che si distacchi in due grand’isole, detta l’una settentrionale e l’altra chiamata Australe, poiche l’isthmo co’l quale si rende l’una e l’altra un continente”* (Giovanni d’Aniana, *L’Universale fabrica del mondo*, Nápoles, 1573).

Esta discusión sugiere, al menos, que esa clasificación de las tierras no era ni un anacronismo ni un formalismo ingenuo sino que se trataba de conceptos activos que se combinaban y se aplicaban para dar sentido a la geografía.

Para integrar América en este esquema conceptual, la idea de continente fue perdiendo su sentido de contiguidad y fue adoptando los cuerpos de agua como elementos diferenciadores entre las partes del mundo. En efecto, estas reconsideraciones pusieron

en el centro del debate nuevos elementos constitutivos de la idea de continente, entre los que la línea de división entre las partes adquiriría un protagonismo inédito. Y esa delimitación aparecía esencialmente apoyada en cuerpos de agua: los cuerpos de agua, que tradicionalmente habían sido considerados como elementos diferenciadores entre las partes (por ejemplo, en la *Suma de Geographia* de Enciso de 1519)<sup>13</sup>, se transformaron en un criterio cada vez más imperativo. En este sentido, cuanto más grandes fueran, mejor cumplirían la función de separar masas terrestres diferenciables<sup>14</sup>.

La consecuencia más evidente es que los continentes, entendidos como grandes masas de tierras rodeados por agua, devienen una especie de... ¡isla! Y así se expresa en los libros de cosmografía: el Nilo, el mar Índico, la laguna Meotide (mar de Azof), el océano Sarmático (mar Báltico), el río Tanais (río Don), el estrecho de Gibraltar transformaban a cada una de las partes del mundo en casi islas<sup>15</sup>. De esto se desprende que la discusión sobre el estatus geográfico del Nuevo Mundo implicaba también una revisión de los modos de pensar el Viejo Mundo<sup>16</sup>: desde mediados del

<sup>12</sup> *“Terrarum orbis in tres dividit partes. Europam, Asia & Africa”.*

*Nomina insularum Oceani et maris*

*“Insulae septentrionales oceani prime sunt, Cassiterides, Inde Ibernia & Britannia cum urbibus, Cantuaria, Londino & Eboraco, Item Scotia, Orcades, Hemodes, Thule & Scandia. In orientali Zipangri, Cingirma, Candin, Iava mayor & minor, Sandur, Candur, Necura, Angama, Peutam, Seylam. In Australi, Iona, Trapobana, Scoyra, Madagascar, Zanzibar. In occiduo, Dorcades, Hesperides, Fortunatae, America, Parias, Isabella, Spagnolla & Gades”* (Honter, 1542: 91).

<sup>13</sup> Ya Enciso, en 1519, decía: “la parte de Oriente se divide en quatro partes que son: Asia y la India Oriental y África y Europa. A Asia divide de Europa el río Tanais, que entra en la laguna Meotidis, que es en el mar Euxino: y a Asia y a África divide el río Nilo que entra en Alexandría; y a Asia divide de la India un río que está en fin de la tierra de Persia, que entra en el mar Pérsico” (Enciso, 1519: 119).

<sup>14</sup> “Ici il faut noter que plusieurs auteurs ont mis le Nil pour le terme divisant l’Asie et l’Afrique. Mais ceux qui reprend Ptolomée, disant être meilleur le diviser par mer toutes & quantes fois que l’on peut, que par rivières ou fleuves” (Focard, 1546: 151).

<sup>15</sup> “De las tres partes de la Tierra firme la Asia tiene sus términos con la África en aquella parte de la Arabia penetra junto al Nilo, y con la Tierra Incógnita a la cual el Mar Índico rodea. Con la Europa tiene sus confines en aquella parte que es entre la laguna Meotide y el Oceano Sarmático, sobre la corriente del río Tanais, que entra en la sobredicha laguna. La África y la Europa son separadas por el Estrecho de Gibraltar. Así que la Asia participa de los confines y términos de ambas, y cada una de las otras por sí, no, sino que participan solamente de los términos de la Asia y en lo de más son por todas partes rodeadas del Mar, y con casi como islas” (Girava, 1556: 58).

<sup>16</sup> Me he focalizado en seguir las huellas de este proceso porque coincide con la percepción generalizada de lo que hoy en día podemos entender como

siglo XVI las descripciones de los continentes –que hasta entonces solían empezar por una descripción de sus raíces mitológicas– ya no empiezan tanto por una etimología de sus nombres como por la demarcación de sus límites y, por tanto, de los alcances geográficos de cada una. En ese desplazamiento, se diluye la diferencia entre los orígenes mitológicos de las tres partes tradicionales<sup>17</sup> y el origen

“moderno” del nombre de la cuarta parte y se va construyendo la identidad geográfica del Nuevo Mundo.

Desde la primera edición del célebre atlas *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius (1570), el esquema básico según el cual se organizaba la descripción de la superficie terrestre consistía en clasificar las tierras emergidas en regiones que se correspondían con las partes o continentes. En ese esquema, las islas quedaban incluidas en cada una de las partes y algo de eso pervivirá en los modos de organizar las tierras emergidas incluso hasta la actualidad. De hecho, en el siglo XIX se aceptaba ampliamente que los continentes estaban formados por complejos de “tierras continentales e insulares”: cuando en el Sexto Congreso Internacional de Geografía, en Londres en 1895, Giuseppe Ricchieri clamaba que la “promiscuidad de la denominación ‘continentes’ induce a confusiones” (Ricchieri, 1895: 517), especialmente en el ámbito de la enseñanza elemental, expone casi ingenuamente la decantación de este largo y meandroso proceso de formulación conceptual. Así, una nueva idea de continente funde las dos tradiciones:

*“Anche chi la gran maggioranza dei geografi è consciamente of inconsciamente d'accordo nel concetto fondamentale. Come i continenti sono considerati divisione essenzialmente fisiche della superficie emersa del globo; così si riconosce nelle parti del mondo un'origine essenzialmente antropogeografica, anzi più propriamente storica”* (Ricchieri, 1895: 517-518)<sup>18</sup>.

---

continente. Pero la hipótesis de que América fue el elemento que catalizó la revisión del andamiaje conceptual previo puede ser reforzada, además, con la mención de otras plantillas conceptuales que también usaron el Nuevo Mundo para pensar los continentes y los mundos. Martin Lewis y Kären Rigen citan algunos textos que muestran la persistencia del modelo basado en la oposición nuevo-viejo mundo para pensar la categoría de continente. Así nos recuerdan que Emmanuel Bowen, en 1752, afirmaba que *“a continent is a large space of dry land comprehending many countries all joined together, without any separation by water. Thus Europe, Asia, and Africa is one great continent, as America is another”* (citado en Lewis & Rigen, 1977: 29). Y todavía en 1971, el Oxford English Dictionary sostenía que *“Formerly two continents were reckoned, the Old and the New; the former comprising Europe, Asia, and Africa, which form one continuous mass of land; the latter, North and South America, forming another. These two continents are strictly islands, distinguished only by their extent. Now it is usual to reckon four or five continents, Europe, Asia, Africa, and America, North and South; the great island of Australia is sometimes reckoned as another”* (29).

<sup>17</sup> El mencionado libro de Apiano y Girava que decía que América tomaba el nombre de su descubridor, describe de la siguiente manera el origen mitológico de las otras partes: “Síguese la segunda parte principal del presente libro, en la cual se contiene la sumaria y particular descripción de Europa, Asia, África y América de Europa. Capítulo primero”.

Europa tomo su nombre de una hija de Ageno, rey de Fenicia, la cual fue raptada por Júpiter, desde África fue llevada a Candia. Tiene por término de parte de Occidente el mar grande, que dice Océano Atlántico (...). En el medio se extiende hacia el Norte y Mediodía a manera de alas, en forma de dragón, y allí es su mayor anchura (...) “[España] es la cabeza de la forma de dragón que representa Europa”. De África. Capítulo segundo.

África, a la cual los griegos dijeron Libia (como lo cuenta Josefa en su libro de las antigüedades) tomó nombre de un descendiente de Abraham y de Cethura su mujer, el cual vino a Libia con ejército: y después que venció a sus enemigos, puso en ella su asiento. Comienza en el estrecho de Gibraltar, y acabase en el mar de Egipto. Es conjunta al Norte con el mar Mediterráneo, y el mediodía con el de Etiopía. Tiene muchas provincias (...). Más bajo del Egipto está Etiopía, hacia el Oriente una región dicha Trogloditita. Después de aquí, como dice

---

Pomponio Mela, los que habitan más son fieras que hombres. Dicen que habitan en aquellas partes los Aegipanes y blemmios, hombres sin cabeza, si es cosa digna de ser creída y los sátiros, de los cuales también se dice, que habitan sin casas como fieras. Dicen también que hay hombres que tienen cara de perro llamados cinocéfalos, que quiere decir cabezas de perro. Otros con un ojo llamado monóculos. Cría también África, elefantes, dragones, rinocerontes, tigres, basiliscos y otras diversidades de serpientes” (Apiano y Girava, 1575: 32 recto – 33 verso).

<sup>18</sup> También Ricchiere en el mismo texto arriba citado dice que los continentes *“sono formate da un grande complesso du terre, continentali o insulari, che per ragione storiche o per caratteristiche speciali, relative allo sviluppo della vita e della civiltà umana, si sogliono raggruppare sotto un medesimo nome. Ma*



Figura N° 3  
Map of the World on the Globular Projection



Fuente: *Tanner's Universal Atlas*, Londres, 1843.

En el “descubrimiento” de Oceanía este esquema alcanzaba nuevos límites: definido como “el continente más chico pero la isla más grande” vuelve a condensar la crisis conceptual de un esquema que se pretende universal pero que, al mismo tiempo, debe responder a las exigencias de explicar y describir una geografía que es única y singular: la superficie terrestre. Entonces sorprende la peculiar interpretación de esta plantilla continental en el mapa de H.S. Tanner publicado en Filadelfia en 1843 cada uno de los continentes se diferencia por un color trazado sobre la línea de costa o la línea divisoria... pero Oceanía es delimitado por una línea geométrica trazada sobre el océano mismo (Figura N° 3 y Figura N° 4).

Encontramos también una sugestiva y casi desapercibida reactualización de este debate, en términos casi idénticos, en los diccionarios geográficos contemporáneos. La lógica de los diccionarios hace prevalecer el criterio alfabético por sobre otro tipo de taxonomías.

*ne'll applicazione di questo concetto, su per giù universalmente accettato, si manifestano le differenze. (...) Questo per il numero; ma peggio ancora per i limiti” (Ricchieri, 1895: 517-518).*

Figura N° 4  
Map of the World on the Globular Projection  
(Detalle)



Fuente: *Tanner's Universal Atlas*, Londres, 1843.



Desprovistas de los lazos que se derivaban del sistema en el que esas categorías funcionaban y producían sentidos, las voces recuperan toda su riqueza semántica: se les reconoce una polisemia que abarca desde los significados del pasado hasta los usos del sentido común y de la literatura.

Según el Diccionario AKAL de Geografía, una obra colectiva dirigida por el geógrafo Pierre George, un “continente” es una “gran superficie de tierra rodeada por océanos” y pueden ser contados “cuatro grandes continentes: Eurasia, África, las dos Américas del Norte y del Sur, a los que se añade a menudo Australia y la Antártida o continente austral”. Pero es muy cuidadoso en señalar que “Europa y Oceanía no son continentes, sino dos de las cinco partes del mundo (Europa, Asia, África, América y Oceanía)” (George *et al.*, 1974: 142). En cambio, una “isla” es “tierra aislada por el agua por todas partes” e introduce la cuestión del tamaño para clasificar que “en el mar, según el tamaño, se distinguen: escollos, arrecifes, islotes e islas propiamente dichas” (George *et al.*, 1974: 337).

Uno de los efectos que el género “diccionario disciplinar” ha tenido sobre la conceptualización de los términos isla y continente parece, a simple vista, una cuestión de forma o de apariencia: ya no aparecen puestos en relación directa el uno con el otro, ya no comparten el espacio de la página ni del capítulo<sup>19</sup>. Sin embargo, no se trata de una cuestión meramente formal o, en todo caso, se trata de una forma que modela dispositivos conceptuales: en la disposición que ofrece el

diccionario, estos conceptos se desprenden de las premisas evolutivas, la isla deja de ser un estadio anterior o menos desarrollado que su contraparte continente. Al mismo tiempo, el término “continente” también deja de ser una categoría que se opone ontológicamente a las otras categorías (isla, península e istmo) y pasa cobrar existencia propia.

Continente : Del latín *cum* y *tineo*, mantener junto, vasta extensión de tierra de un solo bloque, por oposición a las islas y a los continentes que el mar fracciona. (...) Tradicionalmente se distinguen cinco continentes (Europa, Asia, África, América y Oceanía), aunque Europa no sea sino una península de Asia, aunque América no esté sino en realidad formada por dos continentes apenas unidos por un estrecho istmo, y aunque la Antártida merezca ese título sin que le sea reconocido y, en cambio, sí se le otorgue a una isla paradójicamente nombrada Oceanía (...) (Brunet *et al.*, 2005: 125).

Esta definición recupera el saber de una tradición de hecho para admitir el estatus continental de las partes del mundo tal como son reconocidas contemporáneamente. Pero, a pesar de admitir que Europa, Asia, América y Oceanía son continentes, se permite sugerir que esta clasificación podría considerarse inconsistente si se repara en las disímiles propiedades geográficas de cada uno de ellos. Esta cuestión es instalada recuperando justamente las mismas categorías geográficas que servían para pensar las tierras emergidas: isla, península, istmo y continente. E incluso recuerda la vigencia del debate al plantear la paradoja del caso de Oceanía como si ello reflejara los límites de la posibilidad de armonizar una plantilla conceptual estándar a la excepcionalidad de la casuística geográfica.

Tal vez uno de elementos distintivos de este tipo de diccionarios es el reconocimiento de cierto grado de arbitrariedad en la designación de los continentes. Uno de ellos, por ejemplo, evoca tanto la concepción de continente en el sentido común como la historia moderna de ese concepto e incluso pasa por apuntar que se trata, más que de un concepto, de una “lista cerrada” o una “categoría *ad hoc*”:

<sup>19</sup> Al igual que otros géneros, el diccionario un método y un estilo que le son particulares, cuyos modos de inscripción no son ajenos a los sentidos que los conceptos pueden desplegar. La lista que supone un diccionario, dice Latour, “implica discontinuidad y no continuidad. Supone un cierto agenciamiento material, una cierta disposición espacial. Puede ser leída en diferentes sentidos, o a la inversa, puede tener un comienzo y un final marcados, un límite, un borde, al igual que un trozo de tela. Facilita, esto es lo más importante, la puesta en orden de artículos por su numeración, por su inicial o por categorías. Y esos límites, tanto externos como internos, hacen más visibles, y al mismo tiempo más abstractas, dichas categorías” (Latour, 1986: 11).

*Continente:*

- a. En el sentido común, vasta extensión terrestre continua rodeada de mares<sup>20</sup>. (b) Lista cerrada de cinco o seis conjuntos que sirven para la localización convencional de los lugares del mundo.
- b. Partición de primer orden del espacio mundial<sup>21</sup>.
- c. Ante las realidades geográficas, el concepto aparece débil, pero su constitución y su pervivencia como representación convencional casi universal están embebidas de la concepción del mundo elaborada por los europeos. En los inicios de esta construcción, el (viejo) mundo estaba a la vez unido (rodeado por un océano primordial)

<sup>20</sup> Sigue así: "a. Con su contrario, el océano, el continente es una de las primeras señales del aprendizaje geográfico. (...) El continente toma su sentido de isla en relación con la Tierra solo en la continuidad topográfica de las experiencias acumuladas y en su cartografía. Las dos etimologías posibles (no contradictorias en lo que nos concierne) se encuentran: *terra continans* (tierra en continuidad) o *terre continente* (*cum tenere* = que mantiene el conjunto) remiten implícitamente a la ruptura entre la métrica topográfica del continente y la métrica topológica de su límite absoluto: el pasaje brutal al océano. Pero las sutilezas geológicas vinculan las islas cercanas a las tierras continentales hasta el punto en que una Oceanía pudo formar parte de la lista de los continentes".

<sup>21</sup> Sigue así: c. A pesar de las apariencias y las pretensiones, la definición de los continentes ha variado a lo largo de la historia, bajo la influencia de los espacios funcionales. La Edad Media y el Cercano Oriente (invenciones que se inscriben en la visión imperial británica del mundo) han expulsado a Asia de su Occidente. Lo que hoy se entiende por Asia tiende a reducirse al 'subcontinente' indio y al 'extremo oriente', en tanto que África deviene, por defecto, el 'África subsahariana'. En el caso de Europa, la invención del Ural por Pedro el Grande, retomada por los aliados europeos de Rusia, fue un dispositivo ideológico eficaz para acreditar que Rusia era 'en parte' europea, de modo tal que se la legitimaba para participar de la geopolítica europea al mismo tiempo que el imperio otomano, debilitado por la pérdida de sus posesiones balcánicas, se encontraba apartado del 'juego' europeo. Hoy en día, la construcción europea, con las sucesivas ampliaciones que la caracterizan, permite hacer reaparecer un espacio que no se reduce a una partición en estado y en bloques sino que también está hecho de gradientes de civilizaciones" (Retaillé, 2003: 207).

y dividido en tres partes, Europa, Asia y África. Ninguna demostración particular insiste sobre la insularidad de las partes: es el contenido humano lo que cuenta, que remite al mito de los tres hijos de Noé. Es necesario esperar hasta la invención del Nuevo Mundo para que se instale la definición insular del continente. La metonimia de un continente para cada parte de la humanidad no por ello se desdibuja sino todo lo contrario: sigue estando en el origen de los estereotipos que resumen y refuerzan los caracteres atribuidos a cada fracción de la humanidad. Poco importan las convenciones de tamaño (Australia sí, pero Madagascar no), de autonomía (Europa sí, pero la India no), de continuidad (Oceanía). Su valor descriptivo no hace a la pertinencia de este concepto que porta, debajo de su tentativa positiva, una intención muy nominalista. Es la idea de que cada continente tiene una identidad previa lo que conlleva a una gran variación del sistema de clasificación: cada continente derivó finalmente en una categoría *ad hoc* (Retaillé, 2003: 207).

Aunque la noción de continente parecía haber reemplazado la idea de *pars* o partes (Grataloup, 2009: 20), los diccionarios especializados se permiten restituir la densidad semántica de estos términos desde el ángulo de la tradición geográfica. Tal vez este sea un buen síntoma de la riqueza del saber geográfico y un indicador de la relevancia actual que tiene conocer los derroteros de la historia de la disciplina.

### **La analogía metodológica: paralelismos entre "isla vs. continente" y "trabajo de campo vs. trabajo de gabinete"**

En tiempos medievales, la distinción entre las "islas de adentro" y las "islas de afuera" era un criterio que englobaba, por un lado, las tierras habitadas y las habitables (Lecoq, 2005: 17-51) y, por otro, insinuaba claramente que las islas más alejadas del ecumene se prestaban con más facilidad a alojar mitos, leyendas, expectativas y terrores. Es insoslayable el hecho de que la progresiva exploración de la superficie terrestre fue modificando el

mapa donde se inscribían las islas de adentro y las islas de afuera, hasta que finalmente hacia fines del siglo XVIII, los viajes del capitán James Cook no solo demostraron la inexistencia del fabuloso continente austral que había habitado los planisferios durante más de dos siglos sino que, al mismo tiempo, revelaron la existencia de un sinnúmero de islas.

Aun así, en esos mundos cambiantes donde las islas adoptaron naturalezas diversas, la isla –así, en singular– mantuvo las propiedades que hicieron posible esos imaginarios: su naturaleza delimitada y su carácter cerrado. Por eso, más que definirse por el tamaño, la proporción, la distancia y la localización, la isla se ha pensado y se piensa como un reducto netamente delimitado, sin fronteras porosas, sin vecinos amenazantes (Padrón, 2007: 265). Estas condiciones han servido para pensar la isla como una analogía metodológica cuyas aplicaciones trascienden el campo de la historia de la ciencia y alcanzan a manifestarse en diversos dominios de la cultura occidental.

En diferentes obras canónicas del pensamiento moderno, la isla y su “espacialidad autocontenida” habían funcionado como un dispositivo apropiado “para las teorías sistemáticas sobre la ‘naturaleza’ discutidas, por ejemplo, por filósofos racionalistas tales como Montesquieu (1689-1755), Rousseau (1712-1778), Linneo (1707-1778) y Buffon (1707-1788)” (Cosgrove, 2001: 188-189). En la *Nova Atlantis* (1626), Bacon señalaba a la mítica isla de Bensalem supuestamente ubicada en los mares del Sur como el lugar de revelación del método experimental (Despoix, 2005: 23). Probablemente desde que Charles Darwin documentara sus observaciones en la isla Galápagos y se apoyara en esos registros para formular su teoría sobre la evolución de las especies (1859), se ha consolidado definitivamente la relevancia de discutir acerca del lugar que ocuparon y ocupan las islas en la producción de conocimiento científico.

En la teoría del origen de las especies, la isla supo funcionar como una suerte de laboratorio tanto en términos geográficos (como un espacio circunscrito y determinado en sus límites) como también en términos históricos (una suerte de temporalidad paralela que

puede servir de analogía para pensar procesos que transcurrieron en otros tiempos y a otros ritmos). Charles Darwin lo expresaba en los siguientes términos:

“Hay un notable paralelismo en las leyes de la vida a través del tiempo y del espacio, pues las leyes que gobiernan la sucesión de las formas en tiempos pasados son casi las mismas que determinan ahora las diferencias en zonas diferentes” (Darwin, 1859 [2004]: 357).

Las Galápagos, al igual que otras islas que están lo suficientemente alejadas del continente, parecían tener la capacidad de recrear la idea de laboratorio o de burbuja para la experimentación. Por eso Darwin distinguirá entre las islas que están próximas a la tierra firme y las islas oceánicas propiamente dichas según su capacidad de generar condiciones autocontenidas:

“Así, cada isla separada del archipiélago de las Galápagos es habitada, hecho maravilloso, por muchas especies diferentes; pero estas especies están relacionadas entre sí de un modo mucho más estrecho que con los habitantes del continente americano o de cualquier otro punto del globo” (Darwin, 1859 [2004]: 357).

Por ese entonces, Bronislaw Malinowski (1884-1942) y su desarrollo del método de la observación participante en lo que tomaría forma bajo el rótulo de antropología funcionalista pivotó en torno al trabajo etnográfico realizado en las islas Trobriand. También para este antropólogo, las islas podían transformarse en un laboratorio donde examinar sociedades primitivas y, así, hipotetizar sobre el proceso de organización de las sociedades.

Más recientemente, el filósofo francés Gilles Deleuze decía lo siguiente sobre las “causas y razones de las islas desiertas”: “Los geógrafos dicen que hay dos tipos de islas. Las islas continentales son las islas accidentales, islas derivadas: fueron separadas de un continente, nacidas de una desarticulación, de una erosión, de una fractura, sobrevivieron al engullimiento de aquello que las retenía. Las islas oceánicas son islas originarias, esenciales: cuando son formadas por corales, ellas se nos presentan como verdaderos organismos, cuan-

do surgen de erupciones submarinas aportan al aire libre un movimiento que viene de los bajos fondos; algunas emergen lentamente, algunas también desaparecen y reaparecen, sin que haya tiempo de anexarlas. Esos dos tipos de islas, originarias y continentales, testimonian una oposición profunda entre el océano y la tierra" (Deleuze, 2002: 11).

Es difícil saber si cuando Gilles Deleuze decía que "las islas oceánicas son islas originarias", buscaba evocar la distinción darwiniana. Pero es una tentación traer a colación que según la teoría de la deriva continental (precursora de la vigente teoría sobre las placas tectónicas, según la cual las placas que se desplazan incluyen tanto tierras emergidas como sumergidas) que el meteorólogo alemán Alfred Wegener formulaba a principios del siglo XX<sup>22</sup> que en el origen todos los continentes no fueron sino una gran isla llamada Pangea, que luego se habría dividido en varias "islas" (que serían los continentes) que comenzaron a desplazarse.

En los casos citados, el trabajo de campo en las islas incluía una serie de prácticas que podemos llamar laxamente empíricas, que consisten básicamente en: contacto sensible directo con el objeto de estudio, toma de notas, diseño de bocetos "al natural", recolección de materiales, elaboración de perfiles y vistas, redacción de un diario personal e interacción con la comunidad local. La "insularidad de la isla" se abre al investigador como un laboratorio en potencia. Por cierto, aunque el aislamiento completo de cualquier isla es algo casi utópico, al menos algunas islas pueden funcionar como dispositivos que, en la práctica, permiten simular las condiciones más parecidas a ese estado "autocontenido" que se le reclama a la isla.

De regreso en el continente (donde funcionan los latourianos "centros de cálculo"), esos equipos se dedicaban a cotejar notas, reelaborar dibujos, clasificar objetos recolectados, dar conferencias, publicar artículos en revistas especializadas, ofrecer narrativas de sus aventuras personales, redactar obras

científicas descomunales. Es decir, el procesamiento y la abstracción así como el formato bajo pautas de géneros literarios y académicos específicos previamente establecidos ocurría diferidamente en el continente, lejos del momento y del lugar del trabajo insular.

Ahora bien: la analogía metodológica que encarna la isla no se agota en la metáfora de laboratorio que recupera a la isla como lugar empírico: en el contexto de los estudios recientes de historia de la ciencia, comprometidos con enfoques que militan en la trans e interdisciplinariedad, la isla funciona como la figura metonímica de los enfoques disciplinares más tradicionales (aquí las nociones de isla y de disciplina, connotando aislamiento, remiten a ámbitos donde se recrean artificialmente condiciones de experimentación que no se registran de manera análoga en la realidad social y que, por tanto, no servirían para explicar procesos "reales"). Se trata de una crítica que pone en cuestión la capacidad explicativa de los recortes programáticamente disciplinares y explícitamente renegados de la "porosidad" de las ciencias sociales. Algunos, incluso, han utilizado exactamente los términos que aquí analizamos para titular sus artículos de manera provocativa (tal es el caso del texto de Pascal Hegel *Continental Insularity: Contemporary French Analytical Philosophy*). Por lo tanto, el debate actual sobre el trabajo intelectual usa la metáfora de la isla y de las condiciones de insularidad para poner en tela de juicio tanto la cuestión de las fronteras entre diferentes modos de conocimiento (Driver, 2000) como la cuestión de los múltiples actos de "boundary-work" que definen nuestros espacios de trabajo y nuestros laboratorios (Greenhough, 2006: 234).

Estas críticas no reniegan del recorte que todo investigador debe hacer para construir y abordar problemas, pero asumen que esas "islas analíticas" deberían ser "territorializadas" en la red (social y analítica) en la que los procesos examinados resultan relevantes<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Por una revisión actualizada de la teoría de Alfred Wegener, véase: Wegener y Pelayo López, 2009.

<sup>23</sup> Algo similar proponen los que se inscriben en el *spatial turn* que resuena en los estudios de historia del arte y de la antropología de los saberes, entre otros (véase Besse, 2010). Felix Driver y otros especialistas en historia de la ciencia (entre ellos, Bruno Latour [1999] y Paul Rabinow [1997] tienen el mé-



## Insularidad y continentalidad como factores explicativos de la geografía humana clásica

Si hay un momento en que, a pesar de la ausencia casi total de definiciones, los términos isla y continente operan activamente en el discurso geográfico, ese momento coincide con las primeras formulaciones sistemáticas de la geografía disciplinar. Ninguna de ellas se detiene a especificar o explicitar la naturaleza conceptual de la isla o del continente, en gran medida porque parece haber un amplio consenso al respecto y, simplemente, queda fuera de cualquier debate. Sin embargo, esos presupuestos comunes están de alguna manera basados en la “memoria semántica”, en esa “relación unívoca entre esta imagen y su significado, consolidada en el momento mismo de su aparición, y que se reactiva, transformándose, en cada una de las instancias en que la figura es recuperada” (Gené, 2005: 22). Concretamente: aquellos atributos adscriptos a los conceptos isla y continente pueden ser trasvasados a otros objetos o grupos. Me quiero permitir aquí una larga cita tomada del *Tableau de la Géographie* de Vidal de la Blache porque aquí se enuncian de manera explícita los sentidos en que la naturaleza insular y continental imprimen un carácter específico a los seres vivos.

*“Différences politiques entre les continents et les îles.*

*Les naturalistes analysent les différences que présente la marche de la vie végétale et animale, selon qu'elle se produit dans les îles ou sur les continents. Ils nous montrent que le nombre d'espèces va diminuant dans les îles, suivant la distance que les sépare du continent. A la grande complexité qui caractérise sur les continents le tableau de la vie, se substitue dans les îles une simplicité relative. Les éléments qui composent le monde vivant étant ici moins nombreux, il en résulte que les conditions de la lutte pour l'existence sont différentes. Certaines espèces que*

*leur faiblesse vouerait sur le continent à une destruction rapide parviennent, dans les îles, à se conserver longtemps ; et leur nombre, relativement considérable, imprime un cachet d'autonomie aux flores et aux faunes insulaires. (...).*

*On peut faire application de ces notions aux faits de la géographie humaine. Les îles et, dans une certaine mesure, les péninsules puisent dans un fonds ethnique moins riche que les continents. Elles offrent le spectacle de développements autonomes, interrompus de temps en temps par des révolutions radicales. C'est une conséquence de l'espace limité et relativement étroit alloué aux sociétés qui s'y sont formées. Le cadre où elles sont contenues est pour elles une sollicitation permanente d'autonomie. Elles y tendent comme vers leur état naturel. Cette autonomie, plus facilement réalisée qu'ailleurs, s'étend aux habitudes, au caractère, parfois jusqu'à l'histoire. L'exemple de l'Angleterre et de l'Espagne montre comment des parties complètement ou à demi détachées du continent et plus libres ainsi de s'absorber dans une tâche unique peuvent porter dans leur histoire le caractère de spécialisme qui distingue chez elles la nature vivante. Mais nulle part non plus on n'a observé de changements plus radicaux. N'est-ce pas dans les îles ou des péninsules que se sont produites, et là seulement que pouvaient se produire, des ruptures telles que la substitution d'une Angleterre saxonne à une Bretagne celtique, d'une Espagne chrétienne à une Espagne moresque, d'un Japon moderne à un Japon féodal, et peut-être jadis d'une Grèce hellénique à une Grèce mycénienne ? Ces révolutions frappent par un certain caractère de simplicité dans la façon dont elles s'accomplissent et par la possibilité de les ramener à peu près à des dates déterminées.*

*La marche de la vie sur les continents est différente. Elle se déroule sur un plan plus vaste. Plus de forces sont à l'œuvre pour faire continuellement succéder un nouvel état de choses à l'ancien ; mais le changement rencontre aussi plus de résistances. L'aire de propagation des espèces vivantes, et en particulier des mouvements*

---

rito de reclamar por un abordaje más comprometido con las relaciones entre prácticas científicas y espacio (Greenhough, 2006: 224).

*humains, embrasse des étendues d'autant plus considérables que la limite la plus difficile à franchir, celle de la mer, est plus éloignée. La juxtaposition en Europe des races germaniques et slaves, les invasions turques et mongoles, l'extension de la civilisation chinoise, sont par excellence des fait continentaux. Une complexité plus grande règne dans les choses. Lorsqu'on cherche à approfondir, on s'aperçoit qu'une même teinte de civilisation ou de langue couvre des éléments ethniques très différents, et qui n'ont nullement, sous l'étiquette qui les dissimule, abjuré leurs différence"* (Vidal de la Blache, 52-54).

La formulación que expresa Vidal de la Blache recupera una serie de sentidos atribuidos a la superioridad moral del continente respecto de la isla que incluso aparecía en algunos libros desde un par de centurias antes<sup>24</sup>.

La figura de isla y la de continente habían actuado como metáfora del carácter moral de la especie humana al menos desde el Renacimiento: mientras que las islas no hacían sino reafirmarse como expresión de la inconstancia, "la tierra firme cumplía siempre sus promesas" (Lestringant, 2004). Claro que esa inconstancia era también la clave de las aventuras y del coraje que exigían esos tiempos de exploración. Por eso, las islas podían presentar esas ambivalencias y funcionar también como el punto de resguardo en el medio de las grandes aventuras: "la isla sería el refugio donde la conciencia y la voluntad se unen para escapar a los asaltos de lo inconsciente: contra las olas del océano se busca el socorro de la roca" (Chevallier y Gheerbrant, 1969 [2009]: 596). Tal como explicamos en el primer apartado de este capítulo, durante algún tiempo y en ciertos contextos, América encarnó esas geografías imaginarias asociadas a la aventura y a la inconstancia. También otras geografías reales o imaginarias fueron puestas y examinadas bajo este esquema. Paolo Vignolo se pregunta "Los antípodas: archipiélago o continente?" (140) y cuenta que la representación de lo desconocido como continente o como archipiélago remite a dos

concepciones diferentes, que rivalizaron largo tiempo en los espíritus occidentales: en el primer caso, en la concepción "continental" de los antípodas, la idea que prevalece es la de la existencia de un centro alternativo a la Europa cristiana (que puede representar un aliado potencial o una potencia amenazante). En el caso del archipiélago, el más allá se fragmenta en una miríada de micromundos diferentes, cada uno marcado por su individualidad particular e irreductible (Vignolo, 2003: 9-10).

Tanto América como las antípodas fueron puestos en consideración según su insularidad o continentalidad según la lógica de una conversión moral, de una evolución / transformación y de una jerarquía más o menos explícita.

Por eso no sorprende que en un curso manuscrito de Geografía copiado en francés por alguna congregación jesuita francesa en la primera mitad del siglo XVII, cuando se clasifican los términos de la geografía (o sea, las formas de las tierras emergidas y la clasificación que evocamos en el apartado anterior), el autor no duda en incluir entre los ejemplos de "continente" a Francia junto a Europa<sup>25</sup>.

Este eje que podemos llamar moral de la dicotomía isla-continente también tuvo adaptaciones políticas, tal como puede apreciarse en algunos pasajes que procuraban explicar el desarrollo de las naciones nuevas. Se ha sugerido, por ejemplo, en el proceso de

<sup>25</sup> *"Les termes de la géographie ou de la terre sont continent, ou terre ferme, île, péninsule, isthme et cap. Un continent est une terre ferme qui n'est pas séparée par aucun bras de mer comme l'Europe et la France. // Une île est une terre environnée d'eau, comme la Cerdagne et la Sicile. // Une péninsule ou presque-île ou Chersonero est une ex [...] hormis d'un côté font étroit, comme la [...] péninsule [...] // Un isthme est un détroit de terre qui empêche qu'une péninsule ne soit une île, comme l'isthme de Corinthe, [...]. Un cap ou promontoire est un point de terre qui avance dans la mer, comme le cap nord, le cap de Bonne Esperance et le cap de finis terrae. Un Cours de Géographie ou l'on voit au jour / La Description de toute la terre et sa division en ses quatre parties avec les terres nouvellement découvertes et leurs habitants. / Avec un traité de la différence des climats et de la navigation sur mer" (Bibliothèque National de France, Ge FF 13341 (94). Ms / 17<sup>e</sup> siècle).*

<sup>24</sup> Véase también Jacob (1990: 197-201) y Pelletier (1989).

construcción de la identidad de los estadounidenses como “americanos”, los ex colonos se apropiaron del término “América” (que resulta de apocopar el nombre completo del nuevo país: Estados Unidos de América) porque esa voz evocaba tanto el nuevo estado como la entidad geográfica de orden continental que sirvió de asiento para las colonias. Eso habría sido crucial porque marcaba una clara oposición respecto del carácter insular de Gran Bretaña. Más explícitamente, los norteamericanos han sabido encontrar señas del destino manifiesto que les aseguraría la viabilidad como nación (y que garantizaría el éxito de la emancipación del imperio británico) en el carácter continental de su comunidad: en una de las declaraciones a favor de la independencia, Thomas Paine sostiene que “*there is some thing very absurd, in supposing a continent to be perpetually governed by an island*” (citado en Drake, 2004: 324).

La plantilla continental sirvió como dispositivo heurístico en varios dominios de la ciencia. Linnaeus estableció cuatro razas humanas que se correspondían con los continentes: “*Europaeus albus, Americanus rubescens, Asiaticus fuscus, Africanus niger*”, en uno de los intentos más tempranos por diferenciar ‘científicamente’ las razas según el color de la piel. James Drake sugiere que Linnaeus y sus seguidores encontraron en algo que ya existía (este modelo continental para sistematizar la geografía a partir de la clasificación de las tierras emergidas) un modo de resignificarlo de modo tal que sirviera para clasificar también la naturaleza (humana). Esta misma idea sería retomada por Carl Ritter y formulada bajo el principio de las formas geométricas de los continentes y su relación con las islas que los rodean: el humanista prusiano había intentado explicar la primacía de los europeos a partir de las formas geográficas de cada uno de los continentes y, para el caso de Europa, reconocía que la combinación del “desarrollo de sus costas, la articulación de sus tierras septentrionales y las islas que la rodean” (Ritter, citado en Gómez Mendoza, 1981: 174) había jugado un papel crucial. Decía que, en comparación con los demás continentes, las islas europeas (aquellas islas de adentro que evocara Lecqoq), “integradas, en tanto que islas costeras, al territorio continental, enriquecen, como verdaderas estaciones marítimas, las extensiones oceánicas satélites y dan más

amplitud al Todo” (Ritter, citado en Gómez Mendoza, 1981: 175).

En una inversión de la escala moral típica de nuestros tiempos, diversos agentes turísticos invitan a explorar islas prístinas prometiendo así la posibilidad de escapar, al menos efímeramente por el periodo de vacaciones, de la corrupción moral, la contaminación ambiental, la tiranía del reloj y de la rutina de la estabilidad de la vida burguesa que se vive en las metrópolis de los continentes.

### **Hemisferio acuático y hemisferio terrestre: sinécdoque de la vieja dicotomía**

Como hemos anticipado, existía una larga tradición según la cual filósofos, humanistas e intelectuales habían concebido e imaginado el mundo como un ensamble peculiar de tierras y aguas. La distinción entre las tierras y las aguas eran pensadas en términos de complementariedad, de modo tal que esa combinación ordenaba la composición primaria del globo terrestre, y, a su vez, le daba unidad al mundo (Olshin, 1993: 21-23).

La preocupación por imaginar el mundo a partir de la distribución de los elementos esenciales dio lugar, por un lado, a “teorías oceánicas” (sostenidas, por ejemplo, por Homero y Aristóteles) que concebían el ecumene o mundo habitado rodeado de aguas y, por otro, a “teorías terrestres” (como las enunciadas por Heródoto, Hiparco y Ptolomeo) que postulaban la existencia de océanos relativamente pequeños, reclusos en cuencas cerradas y enmarcados por tierras (Relaño, 2002: 52).

En lo que respecta al hemisferio sur, el inicio del siglo XVI ofrece tanto imágenes de un hemisferio meridional eminentemente marítimo –basadas en la presuposición de que las tierras se concentraban en el hemisferio norte (entre las que se distinguen las producciones de Martin Behaim (1492) y Martin Waldse Müller (1507)– como imágenes de un hemisferio meridional ocupado por tierras que se acomodaban por debajo del mar Índico cerrado que había consagrado Ptolomeo.

La idea de un hemisferio meridional marítimo perdió terreno en las primeras décadas del quinientos. Pero no se debió tanto a los postulados ptolomeicos sino a la creencia –muy a la orden del día– de que “Dios era un geómetra” (Crosby, 1997: 100; Ohly, 1982), y que, por tanto, las formas geográficas de la superficie deben ser necesariamente expresiones de la perfección geométrica que animaba el espíritu del Creador<sup>26</sup>. Gemma Frisius y Gerard Mercator, entre los más tempranos, diseñaron mapamundis en los que restauraban la simetría respecto de la contraparte boreal. El impulso decisivo para abonar la hipótesis geográfica de un hemisferio sur terrestre parece haber provenido de una de las lecturas sobre el *De revolutionibus* de Copérnico, en la segunda mitad del siglo XVI: luego de que se hiciera conocida su teoría sobre la rotación diaria de la Tierra y el movimiento alrededor del Sol, se reinstaló el problema de la estabilidad de la esfera terrestre; a los efectos de reponer un equilibrio –que no era solo una cuestión estética sino un asunto de estabilidad física– un gran continente meridional reingresó en los mapas durante la segunda mitad del siglo XVI y fue adquiriendo un tamaño cada vez mayor, “aumentando su superficie de modo tal como para constituir un verdadero contrapeso” (Schmidt, 2003: 88).

En este esquema, el Ecuador funcionaba como una estructura útil para fabricar una imagen del mundo nuevo porque por entonces asumía, “de pronto, un rol crítico en el encuadre del mapa a pequeña escala (...) [por lo que] casi siempre la equinoccial ha cortado en dos la representación y ha organizado el material visivo” (Freire Gomes, 2003: 118). A partir de este presupuesto, se fue modelando todo un hemisferio a partir de un número mínimo de evidencias geográficas: la existencia de determinadas formas geográficas en el

hemisferio norte era indicio suficiente para suponer formas equivalentes o complementarias en el hemisferio sur. Una manifestación de esta premisa se hizo visible cuando “en la primera mitad del siglo XVI, hubo una doble tendencia hacia la clausura del océano en los márgenes septentrionales del mundo y, simétricamente opuesta, una tendencia hacia la clausura del océano en los márgenes meridionales del mundo” (Relaño, 2002: 54).

Cuando en los tiempos de la Ilustración reemerge la idea del equilibrio, la dicotomía isla-continente se reactualiza recuperando la visión hemisférica que venimos de comentar.

Los mapas doble hemisferio de François Santini (1776) (Figura N° 5) y Giovanni Antonio Remondini (Venecia, 1784) –*Nouvelle Mappede Monde dedié au progrès de nos connaissances*– recuperaban el diseño de Charles Pierre Boullanger para mostrar dos hemisferios: uno centrado en los 45° latitud norte sobre el meridiano de París y sus antípodas. Cada hemisferio lleva el título *Hémisphère Terrestre* y *Hémisphère Maritime* recrea la dicotomía tierra-agua.

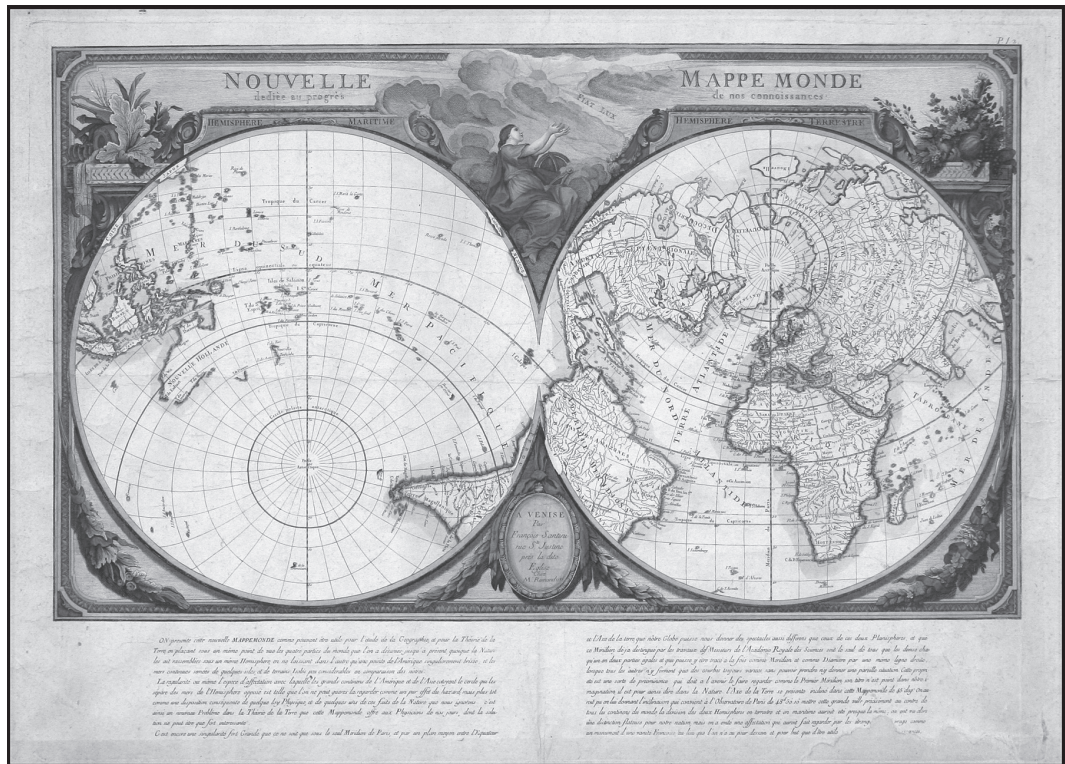
En una nueva clave moralizante, una vez más la oposición que se arma enfrenta al hemisferio conocido y civilizado a las geografías mal conocidas y bárbaras: el hemisferio terrestre concentra, alrededor del centro estratégico de París, las tierras de Europa, Asia, África, América del Norte y una parte de América del Sur. El hemisferio acuático muestra las islas de las Indias Orientales, la Patagonia y los contornos incompletos de Oceanía. A medida que esos contornos se iban completando, los ejes de esos hemisferios se desplazan sensiblemente de manera tal de poder seguir sosteniendo el esquema de origen: en los mapas que Rigobert Boone publicó en 1787, el hemisferio oriental está centrado en el continente asiático; y el hemisferio occidental, en el océano más nuevo, el océano Pacífico<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> “La producción de mapas y la pintura realista o naturalista fueron un producto del empirismo renacentista. La indiferencia medieval hacia la realidad objetiva dieron paso al deseo de conocimiento preciso. Ciertamente, el resurgimiento de las nociones griegas vino asociado a la medición, y a través de la medición, a la proporción. En tanto la proporción es a la vez un concepto matemático lógico y un concepto estético básico, la idea de medida se vuelve el lazo entre ciencia natural y arte” (Rees, 1980: 67).

<sup>27</sup> *Mappe Monde, sur un Plan Horizontal, situé à 45d de latitude Sud. Hémisphère Occidental y Mappe Monde, sur un Plan Horizontal, situé à 45d de latitude Nord. Hémisphere Oriental.*



Figura N° 5  
 “Nouvelle Mappede Monde dedié au progrès de nos connaissances”.



Fuente: Giovanni Antonio Remondini (Venecia, 1784).

Cuando la evidencia geográfica parecía demostrar rotundamente que “la realidad del mundo se [negaba] de repente a plegarse a nuestras exigencias de simetría” (Zumthor, 1993: 253) y, por tanto, que la realidad que se hacía visible con las exploraciones se negó a encajar armoniosamente con aquellas bellas teorías que hasta entonces habían servido para pensar el mundo, se recortan nuevos hemisferios *ad hoc*: se organizan un nuevo hemisferio acuático y un nuevo hemisferio terrestre que repondrían el balance y la armonía.

Curiosamente, ambas categorías –hemisferio acuático y hemisferio terrestre– aparecen en la enciclopedia digital Wikipedia.

*“The water hemisphere, sometimes but not always capitalized as the Water Hemisphere, is the hemisphere on the Earth containing the largest area of water. It is centered on 47°13'S, 178°28'E, near New*

*Zealand (Olson, 1997). The other half of the earth is the land hemisphere.*

*The water hemisphere has only one-eighth of the world's land (Boggs, 1945), including Australia, New Zealand, Antarctica, a small part of Southeast Asia and the southern part of South America. Most of the Pacific Ocean and the Indian Ocean are on the water hemisphere. The area of the oceans of the water hemisphere is much larger than its land area, but the area of the oceans of the land hemisphere is still larger than its land area” (Figura N° 6).*

*“The land hemisphere, sometimes capitalized as the Land Hemisphere, is the hemisphere on the Earth containing the largest possible area of land. It is centered on 47°13'N, 1°32'W (near the city of Nantes, France) (Olson, 1997). The other half of the Earth is the water hemisphere.*

*The land hemisphere has seven eighths of the land on the Earth (Boggs, 1945), including Europe, Africa, North America, most of Asia and most of South America. Europe is at the center of the land hemisphere. However, because the area of the oceans of the land hemisphere is still larger than its land area, the land hemisphere means the hemisphere where most land is, but not the hemisphere where the land area is bigger than the ocean area” (Figura N° 7).*

Figura N° 6:  
“Land Hemisphere”



Fuente: <http://www.wikipedia.com>

Figura N° 7:  
“Water hemisphere”



Fuente: <http://www.wikipedia.com>

Cada una de las dos descripciones es acompañada por sendas ilustraciones que refuerzan el contraste. Con esta metáfora cartográfica, la antigua dicotomía isla-continente cambia de escala: la oposición terrestre vs acuático no se encarna en elementos aislados ni en formas singularizables (como la isla y el continente) sino que configuran un orden mundial. Denis Cosgrove plantea este modelo de hemisferios geopolíticos en los siguientes términos:

*“Such geopolitical change in the global empire paralleled the altered spatiality of the globe in which continental ‘Europe’, self-positioned at the center of a territorial hemisphere, found its Other in the ocean and islands, of the water hemisphere” (Cosgrove, 2001: 190).*

De esta manera, la dicotomía isla-continente se resignifica y adopta una escala global: las formas básicas que se habían utilizado para distinguir elementos geográficos distribuidos irregularmente sobre la superficie terrestre son reagrupadas para hacerlas encastrar en un nuevo esquema –general y totalizador, de escala mundial– que hace posible la globalización de las connotaciones culturales y morales tradicionalmente atribuidas a esas formas singulares de las tierras emergidas: las propiedades atribuidas a las islas y a los continentes en tanto elementos singulares se expanden ahora para caracterizar el hemisferio todo.

### **Conclusiones: resignificaciones de una tensión conceptual sintomática en la tradición geográfica moderna**

La trascendencia de este proceso de redefinición conceptual en torno a las figuras de isla y de continente puede verse en la vigencia que tiene, aún en nuestros días, la arquitectura continental como patrón de organización de la geografía del mundo. En efecto, resulta sorprendente la permanencia que ha tenido como modelo de distribución geográfica en la identificación de las tierras emergidas: más allá de las alteraciones y los ajustes a los que la noción de continente fue sometida durante los siguientes cuatrocientos años, la idea de continente se ha transforma-

do en una categoría primaria y englobante, que incluye todo tipo de masas terrestres (tierra firme, penínsulas, istmos e islas). Dicho de otro modo, la discusión sobre la naturaleza geográfica de América apenas fue el punto de partida de una reconsideración conceptual más extensa que forma parte de un proceso vigente, que continúa aun su dinámica, a punto tal que el concepto de continente sigue siendo revisado (solo pensar en los polémicos casos de Australia y la Antártida) y puesto en discusión en nuestros días.

Suponer que la diferencia entre isla y continente “solo reside en el empleo que hacen de estos conceptos quienes los utilizan” (Randles, 1980: 130) enfatiza demasiado la casuística del uso y desmerece la preocupación manifiesta y sostenida a lo largo de una extensa tradición por definir un campo conceptual coherente. Aquí, en cambio, se intentó destacar la impronta que esta preocupación dejó en el campo de las ideas geográficas.

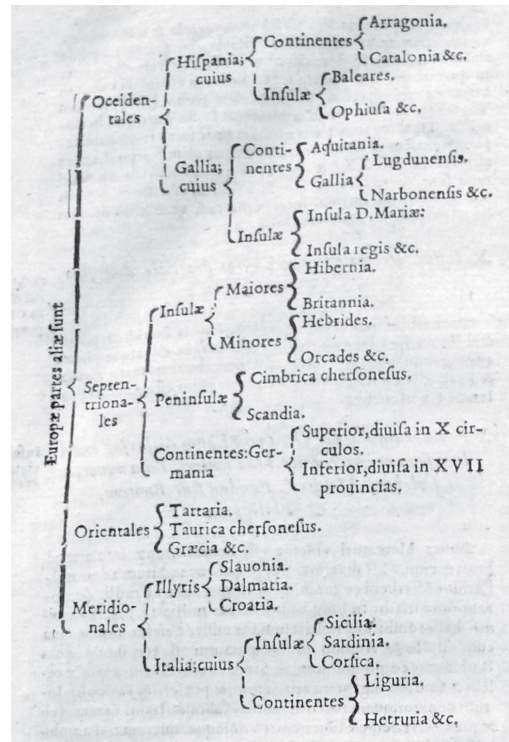
En primer lugar, porque la dicotomía isla-continente ha funcionado como un dispositivo útil a lo largo de la tradición geográfica y, más todavía, ha trasvasado el campo de saber específico de la geografía para ser recuperada en otras esferas de la vida pública. Por eso se ha asumido como punto de arranque que, más allá del contenido específico que ha encarnado en diversas épocas y contextos, la dicotomía se ha revelado útil para ordenar los modos de organizar la geografía, ya sea entendida en el sentido material de una superficie terrestre como en el sentido moral que se pueda atribuir a ciertas morfologías espaciales.

En segundo lugar, porque cuando en la actualidad sigue siendo posible que, en ciertos contextos, la dicotomía isla-continente reaparezca, ahora eso se hace buscando eludir la impugnación casi automática que el mundo intelectual ha disparado contra las simplificaciones bipolares en los tiempos posteriores a la guerra fría apelando a la perspectiva dialéctica (que se instala por encima de otros enfoques, como el evolucionista o moralista).

Llegados a este punto, una clave del análisis pasa por la pregunta: isla y continente ¿son conceptos que se superponen o que se

complementan? En términos estrictos, aunque las primeras formulaciones los planteaban como elementos autoexcluyentes al afirmar, por ejemplo, que “continente [era] toda tierra firme, que no es Isla, ni Península, ni Istmo” (Apiano y Girava, 1575: fol. 29), la enumeración de ejemplos de penínsulas demuestra que dicha categoría no era incompatible con la de continente (de hecho, cada una de las penínsulas mencionadas era pasible de ser incluida en alguno de los continentes citados). Sin embargo, en el sistema clasificatorio de *L'Encyclopédie* de D'Alambert y Diderot, isla/continente se excluían mutuamente [Figura 8]. Evidentemente, no hay una única respuesta para esta pregunta. En cambio, abundan los ejemplos de inconsistencia que dificultan incluso sostener alguna hipótesis firme.

Figura N° 8  
“L XVIII. Géographie”, *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*



Fuente: D'Alambert y Diderot, París, 1751-1772.

En tercer lugar porque son varios los motivos que llevan a asumir que este debate conceptual en torno a la dicotomía isla-con-



tinente puede funcionar como sintomático del movimiento de los saberes geográficos modernos: ha manifestado una sostenida capacidad para articular explicaciones sobre la vida, el mundo y las sociedades en distintos terrenos de conocimiento; ha dado lugar a modelos explicativos que pervivieron hasta el día de hoy y ha condensado el desplazamiento desde el saber de inventario hacia el conocimiento analítico que, aunque no es exclusivo de la geografía, juega un papel identitario en la comunidad geográfica.

Esta reflexión final no puede eludir el hecho de que, a lo largo de la historia de los saberes modernos, la tensión isla-continente parece haber anclado fuerte en la cuestión de la forma. Sin embargo, hemos omitido explorar los conjuntos de criterios morfológicos que permitieron sostener estos modelos y, en algunos casos, introducir matices que los hicieran más consistentes. En cambio, siempre asumiendo que el asunto de la forma resulta crucial, la preocupación por la forma traspasó aquí la cuestión de la forma del objeto geográfico propiamente dicho y, más bien, se volcó sobre la forma en que estos conceptos encontraron un lugar en los textos geográficos analizados. Sin embargo, si “la manera de dar forma” es un modo de compromiso y de posicionamiento frente a lo real (Eco, 2002: 11), tal vez las formas de nuestras islas y nuestros continentes nos estén diciendo mucho de nuestras geografías y, sobre todo, de nuestros modos de conocerlas, de crearlas y de transformarlas en parte de nuestra realidad.

## Referencias bibliográficas

- ANGLERÍA, P. *De Orbe Novo*. Buenos Aires: Alción Editora, 2004 [1511].
- ANIANA, G. *L' universale fabrica del mondo, ouera Cosmographia. Dell' Ecc Gio. Lorenzo d' Aniana. Divisa in Quattro trattati: Ne' quali distintamente si misura il Cielo, e la Terra & si descrivono particolarmente le Provincie, Città, Castella, Monti Mari, Laghi, Fiumi & Fonti. Et si tratta delle Leggi & Costumi di molti Popolo, de gli Alberi, & dell' Herbe e d' altre cose pretiose & Madicinali & de gl' inventori di tutte le cose. Di nuovo ornata con le difurre delle quattro parti del Mondo in Rame, et dal medesimo auttore con infinite aggiuntioni per ogni parte dell' opera ampliata*. Nápoles: John Carter Brown Library. Primera edición: Nápoles, 1573 [1596].
- APIANO, P. & GIRAVA, J. *La cosmographia de Pedro Apiano/ corregida y añadida por Gemma Frisio, medico y mathematico ; La manera de descriuir y situar los Lugares, con el Vso del Anillo Astronómico, del mismo autor Gemma Frisio ; El Sitio y Descricion de las Indias y Mundo Nueuo, sacada de la Historia de Francisco Lopez de Gomara, y de la Cosmographia de Ieronymo Giraua Tarragonex*. Amberes: John Carter Brown Library, 1575.
- BALDACCHINO, G. Editorial: Islands Objects of Representation. *Geografiska Annaler, Human Geography*, 2005, series B, Vol. 87, N°4, p. 247-251.
- BESSE, J. Approches spatiales dans l'histoire des sciences et des arts. *L'espace géographique*, 210 (211-224). Broc, Numa. *La géographie de la Renaissance*. París: CTHS, 1980.
- BOGGS, S. This Hemisphere. *Journal of Geography*, 1945, Vol. 44, N° 9, p. 345-355.
- BORDONE, B. *Isolario di Benedetto Bordone, nel qual si ragiona di tutte l'isole del mondo, con li lor nomi atichi & moderni, historie, favole & modi del loro vivere, & in qual parte del mare stanno & in qual parallelo & clima giaciono. Con la gionta del Monto del Oro novamente ritrovato. Con el breve del Papa. Et gratia & rprivilegio della Illustrissima Signoria di Venetia come in quelli appare. MDXXXIII*. Venecia: John Carter Brown Library, 1534.
- BROTTON, J. *Trading territories. Mapping the early modern world*. Londres: Reaktion Books, 1997.
- BROTTON, J. *El bazar del Renacimiento. Sobre la influencia de Oriente en la cultura occidental*. Barcelona: Paidós, 2002.
- BRUNET, R.; FERRAS, R. & THÉRY, H. *Les mots de la Géographie*. Paris: Reclus, 2005.
- CHAVES, J. *Chronographia o repertorio de los tiempos el mas copioso y preciso que has-*



*ta agora ha salido a luz*. Sevilla: John Carter Brown Library, Providence, 1561.

CHEVALLIER, J. y GHEERBRANT, A. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder, 2009 [1969].

COSGROVE, D. *Apollo's eye. A cartographic genealogy of the Earth in Western imagination*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001.

CROSBY, A. *The Measure of Reality. Quantification and Western Society, 1250-1600*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997 [1988].

DAINVILLE S.J., F. *La Géographie des Humanistes. Les Jésuites et l'éducation de la société française*. Paris: Beauchesne et ses fils, 1940.

DARWIN, C. *El origen de las especies*. México: Editorial Porrúa, 2004 [1859].

DELEUZE, G. *L'île déserte. Textes et entretiens 1953-1974*. París: Édition préparée par David Lapoujade, Les éditions de minuit, 2002.

DESPOIX, P. *Le monde mesuré. Dispositif de l'exploration à l'âge des Lumières*. Genève: Droz, 2005.

DONATTINI, M. *Spazio e modernità. Libri, carte, isolario nell'età delle scoperte*. Bologna: CLUEB, 2000.

DRAKE, J. Appropriating a Continent: Geographical Categories, Scientific Metaphors, and the Construction of Nationalism in British North America and Mexico. In: DRAKE, J. *Journal of World History*, 2004, Vol. 15, N° 3, p. 323-357

DRIVER, F. Fieldwork in geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 2000, N° 25, p. 386-390.

ELLIOT, J. *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. Madrid: Alianza, 1970 [2000].

ENCISO, M. *Suma de Geographia* (Edición de Mariano Cuesta Domingo. Madrid: Museo Naval, 1987 [1519].

FOCARD, J. *Paraphrase de l'astrolabe, contenant les principes de geometrie. La sphere. L'astrolabe, oi, declaration des choses celestes. Le miroir du monde, ou, exposition des parties de la terre*. Lyon: John Carter Brown Library, 1546.

FREIRE GOMES, P. Alessandro Zorzi e l'invenzione dei tropici. In: CURTO, R.; CATTANEO, A. & FERRAND ALMEIDA A. *La cartografia europea tra primo Rinascimento e fine dell'Illuminismo*. Florencia: Academia Toscana di Science e Lettere "La Colombaria", Leo Olschki Editore, 2003.

GEORGE, P. *Diccionario AKAL de Geografía*. Madrid: AKAL, 2004 [1979].

GENÉ, M. *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo. 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.

GERBI, A. La naturaleza de las Indias nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.

GÓMEZ MENDOZA, J.; MUÑOZ JIMÉNEZ, J. y ORTEGA CANTERO, N. *El pensamiento geográfico*. Madrid: Alianza, 1994 [1981].

GIRAVA, J. *Dos libros de Cosmographia. Compuestos nuevamente por Hieronymo Girava Tarragones*. John Carter Brown Library, 1556.

GÓMEZ MENDOZA, J.; MUÑOZ JIMÉNEZ, J. y ORTEGA CANTERO, N. *El pensamiento geográfico*. Madrid: Alianza Universidad de Textos, 1994.

GRATALOUP, C. *L'invention des continents*. Paris: Larousse, 2010.

GREENHOUGH, B. Tales of an Island-Laboratory: Defining the Field in Geography and Science Studies. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 2006, Vol. 31, N° 2, p. 224-237.

GUTHRIE, W. *A New Geographical, Historical, and Commercial Grammar; and*

*Present State of the Several Kingdom's of the World*. London, 1770.

GRATALOUP, C. *L'invention des continents*. París: Larousse, 2009.

HEGEL, P. Continental Insularity: Contemporary French Analytical Philosophy. In: GRIFFITH, J. (Editor). *Contemporary French Philosophy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988, p. 83-98.

HEYLYN, P. *Cosmographie in Four Bookes. Containing the Chorographie and Historie of the Whole World, and All the Principall Kingdomes, Provinces, Seas and Isles Thereof*. London, 1652.

HONTER, J. *Rudimenta cosmographica. Corona Providence: John Carter Brown Library*, originalmente publicado bajo el título *Rudimentorum cosmographiae libri duo*, Cracovia, 1530 [1542].

JACOB, C. *L'empire des cartes. Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire*. París: Albin Michel, 1990.

LATOUR, B. Visualisation and Cognition: Drawing Things Together. In: KUKLICK H. (Editor). *Knowledge and Society Studies in the Sociology of Culture Past and Present*. Jai Press, 1986, Vol. 6, p. 1-40.

LATOUR, B. Les 'vues' de l'esprit. Une introduction à l'anthropologie des sciences et des techniques. In: AKRICH, M & CALLON, M. (Editores). *Sociologie de la traduction. Textes fondateurs*. París: Presses de l'Ecole des Mines de Paris, 2006, p. 33-70.

LECOQ, D. De las aguas primitivas al océano infranqueable. In: CORBIN, A. y RICHARD, H. (Editor). *El mar. Terror y fascinación*. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica, 2005, p. 17-27.

LESTRINGANT, F. La voie des îles. *Medievales*, 2004, N° 47. Disponible en Internet: <http://medievales.revues.org/document506.html>

LÉVY, J. & LUSSAULT, M. (directores). *Dictionnaire de la Géographie et de l'Espace des Sociétés*. París: Belin, 2003.

LEWIS, M. & RIGEN, K. *The myth of continents. A critique of metageography*. London, Berkeley: University of California Press, 1997.

LIVINGSTONE, D. *The Geographical Tradition*. Oxford: Blackwell, 1992.

NEBENZHAL, K. *Atlas de Colón y los grandes descubrimientos*. Madrid: Magisterio, 1990.

OHLY, F. Deus Geometra - Skizzen zur Geschichte einer Vorstellung von Gott. In: NORBERT, K. & WOLLASCH, J. (Editors). *Tradition als historische Kraft: Interdisziplinäre Forschungen zur Geschichte des fruheren Mittelalters*. Berlin and New York: De Gruyter, 1982, p. 1-42.

OLSHIN, B. *A Sea Discovered. Pre-Columbian Conceptions and Depictions of the Atlantic Ocean*. Toronto: Tesis doctoral, Institute for the History and Philosophy of Science and Technology, University of Toronto, 1993.

OLSON, J. Projecting the Hemisphere. Matching the Map Projection to the Need. *American Congress on Surveying and Mapping*, 1997.

PADRÓN, R. Mapping imaginary worlds. In: AKERMAN, J. & KARROW, R. *Maps. Finding our place in the world*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2007.

PARRY, J. *El descubrimiento del mar*. Barcelona: Crítica, 1974 [1989].

PELLETIER, M. (editora). *Géographie du Monde au Moyen Age et à la Renaissance*. París: Editions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 1989.

PORCACCHI. *L'isole piu famose del mondo / descritte da Thomaso Porcacchi de Castiglione arretino ; e intagliate da Girolamo Porro Padovano (1590)*. Venecia: Primera edición: Venecia, John Carter Brown Library, 1572.

RANGLES, W.G.L. *De la tierra plana al globo terrestre. Una rápida mutación epistemológica, 1480-1520*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

REES, R. Historical links between cartography and art. *Geographical review*, 1980, N° 70.

RELAÑO, F. *The shaping of Africa. Cosmographic Discourse and Cartographic Science in Late Medieval and Early Modern Europe*. Hampshire-Burlington: Ashgate, 2002.

RETAILLÉ, D. Continent. In: LÉVY, J. & LUSSAULT, M. (director). *Dictionnaire de la Géographie et de l'Espace des Sociétés*. Paris: Belin, 2003.

RICCHIERI, G. Geography in Education. *Proceedings of the Sixth International Congress of Geography*. Londres: RGS, 1895.

SAID, E. *Orientalismo*. Madrid: Debate, 1978 [2002].

SCHMIDT, R. L'uomo e i globi. In: CURTO, R.; CATTANEO, A. & FERRAND ALMEIDA, A. *La cartografia europea tra primo Rinascimento e fine dell'Illuminismo*. Academia Toscana di Science e Lettere "La Colombaria". Florencia: Leo Olschki Editore, 2003.

SHIRLEY, R. *The mapping of the world. Early printed world maps 1472-1700*. Londres: Holland Press Cartographica, Vol. 9, 1983.

THROWER, N. *Maps and civilization. Cartography in culture and society*. Chicago: University Chicago Press, 1996.

VAN DUZER, C. From Odysseus to Robinson Crusoe: a survey of early western island literature. *Island Studies Journal*, 2006, Vol. 1, N° 1, p. 143-162.

VARGAS MARTÍNEZ, G. *Atlas antiguo de América*. Siglos XV y XVI. México: Trillas, 1995.

VIDAL DE LA BLACHE, P., *Tableau de la Géographie de la France*. París: Hachette, 1903.

VIGNOLO, P. *L'Europe á l'envers: les antipodes dans l'imaginaire de la Renaissance*. París: Tesis doctoral, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2003.

WALDSEEMÜLLER, M. *Cosmographiae Introductio cum quibusdam Geometriae ac Astrologiae Principiis ad Eam Rem Necessariis. Insuper quattuor Americi Vesputii navigationes. Universalis Cosmographiae descriptio tam in solido plano / eis etiam insertis quae Ptolomeo ignota a nuperis reperta sunt. Distichon. Cum deus astra regat / & terrae climata Caesar Nec tellus / nec eis sydera maius habent*. John Carter Brown Library, 1507.

WEGENER A. y PELAYO LÓPEZ, F. *El origen de los continentes y océanos*. Barcelona: Crítica, 2009.

WHITFIELD, P. *The image of the world. 20 centuries of world maps*. California: Pomegranate Artbooks – The British Library, 1994 [1997].

WIKIPEDIA ENCICLOPEDIA DIGITAL. *Water hemisphere y Land hemisphere*, 2010. Disponible en Internet: <http://www.wikipedia.com>

WINTLE, M. Renaissance maps and the construction of the idea of Europe. *Journal of Historical Geography*, 1999, Vol. 25, N° 2, p. 137-165.

WOLFF, H. (Editor). *America. Early maps of the New World*. Munich: Prestel, 1992.

WOODWARD, D. *Maps as Prints in the Italian Renaissance. Makers. Distributors and Consumers*. Londres: The British Library, 1995.

ZUMTHOR, P. *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*. Madrid: Cátedra 1994 [1993].